

de arrebatada pasión amorosa. Localizados en un marco que se caracteriza por su mediterraneidad tanto geográfica como estética, rebosan toda la sensualidad, todo el perfume carnal de la más genuina poesía brotonsiana.

El autor recrea aquí vivencias que reiteran su particular universo de decadente y melíflua belleza, recurriendo una vez más a recursos acuñados ya como propios en poemarios anteriores, tales como la adjetivación frutal y mineral para la descripción del tú amado, o la fusión de palabras mediante guión para producir un efecto de intensificación evocativa. Esta continuidad de recursos tiene su correlato en la continuidad de los temas y las atmósferas recreadas, lo que conduce a una perpetuación del personal mundo lírico de Joaquín Brotóns.

El goce carnal, el cuerpo vivido y amado en su más inmediata materialidad, la vibración hedonista que le lleva al disfrute del efímero presente, el ardiente vitalismo que le arrastra al paladeo del instante, tienen como contrapunto un acento de desolada tristeza. Al temporalizar las vivencias amorosas, que son contempladas como pasado, el verso adquiere un cierto sabor elegíaco. La felicidad gozada se transforma en mera materia recordable, mientras que en el presente del poeta reaparece el gran motivo recurrente de su lírica: la soledad. Desde la soledad presente, o tal vez incluso desde la desolación, la intensidad de lo vivido y de lo recordado se nos muestra aún más emotiva:

"Hoy, desde mi soledad,  
te recuerdo,  
evoco con nostalgia  
aquellas cálidas noches de estío  
compartidas en gozosa camaradería."

Si la poesía de J. Brotóns nace por una exclusiva motivación vivencial y no por imperativos de la voluntad, y teniendo en cuenta que el amor es uno de los grandes motores de su poesía, es comprensible que en los últimos años, a partir sobre todo de su decepción amorosa, el poeta apenas haya escrito algún que otro poema esporádico. Tenemos constancia de que tres de ellos han sido publicados en "El Cardo de Bronce", con sendas dedicatorias a Leopoldo Lozano, Tomás Casero y Valentín Arteaga. Y tenemos igualmente constancia de que el último poema escrito hasta la fecha permanece inédito y viene a cerrar la trayectoria lírica de Joaquín Brotóns con un colofón sombrío e inquietante. Se trata de un poema autodedicado donde el poeta se contempla a sí mismo en el espejo del desengaño, y donde reflexiona sobre el sinsentido de una vida, la suya, que ha sido despojada de su más valiosa razón de ser: El amor. Un poema afortunadamente no profético, donde Joaquín Brotóns se asoma a los siniestros ventanales del suicidio como única solución liberadora:

"Acepta el fracaso de tu vida,  
la soledad a la que estás condenado.  
Y en la larga y oscura  
noche de insomnio,  
cuando la idea del suicidio  
tortura tu mente,  
decídete,  
da el paso final:  
Vida sin amor  
no es digna de ser vivida."

Joaquín Brotóns, un centauro de ojos fenicios y mirada griega, que ha sabido transformar su vida, su amor, en palabra amorosa